

notables enormes pedazos de las bombas, nunca vistas antes de igual tamaño, que había arrojado á la ciudad la artillería de Munster. No obstante, la ciudad rechazó todos los asaltos; los sitiados conservaron su comunicacion con el mar y obtuvieron refuerzos de Holanda y de Frisia, y después de cinco semanas de combates empeñados, que causaron grandes pérdidas, el obispo se vió obligado á levantar el sitio en 26 de agosto de 1672. Delante de Groninga cambió la fortuna de este prelado: á las grandes pérdidas que había causado el fracasado sitio, se unió el nuevo empleo de la antigua estrategia de los Países Bajos, y pronto las tropas diezmadas y mal pagadas del obispo se vieron atacadas en todas partes en sus acantonamientos, perdiendo un puesto tras otro. En diciembre del mismo año los holandeses recuperaron por sorpresa á Colvorden, el punto militar mas importante que tenían las tropas de Munster, y Zwill solo se mantuvo gracias á un destacamento francés que había entrado á tiempo en la plaza. Toda la invasion tan victoriosamente comenzada quedó luego reducida á una defensiva sin esperanza.

La dirección militar francesa tampoco hizo nada para prestar enérgico apoyo al obispo de Munster á fin de que pudiera sostenerse en las posiciones que ocupaba, sino que mas bien procuraba entregar estas posiciones á sus propias tropas. Lo peor de todo fué que ambos obispos vieran al fin en peligro sus territorios; porque la alianza de los holandeses con el elector de Brandeburgo empezó á producir sus efectos y amenazaba en primer lugar los dominios del electorado de Colonia y del obispado de Munster.

El elector Federico Guillermo había procurado entretanto ganar algunas adhesiones al convenio que había hecho con Holanda, si bien solo encontró negativas cortesías; en algunas partes se le aconsejó con lealtad que no pusiera en peligro la paz del imperio y en otras se le hicieron promesas vagas para un porvenir indeterminado. El elector de Maguncia, por mas instancias que le hizo el de Brandeburgo, no quiso abandonar su política de paz y de mediación. Las tentativas hechas por Federico Guillermo en las cortes de Brunswick y de Dinamarca no dieron ningun resultado. Una entrevista que celebró con el elector de Sajonia en Potsdam á fines de marzo de 1672, llamó la atención de los diplomáticos; pero pronto cambió la corte de Sajonia de ideas, y apenas se hubo efectuado el ataque francés en el ducado de Cléveris se acordó de que había tambien una cuestion sajona que se rozaba con este ducado, de que la dinastía sajona nunca había renunciado á sus pretensiones sobre la herencia de Julich y Cléveris, y de que bien podía aprovecharse la ocasion de alcanzar algo en este concepto sin grande esfuerzo, valiéndose solo de la buena amistad de la Francia. La corte de Sajonia negoció, pues, en Viena, en Berlin y con el embajador de Francia sin comprometerse ni decidirse en un sentido ni en otro; logró de la Francia una buena suma de dinero por via de regalo, y permaneció espectadora inactiva, si bien con la secreta esperanza de sacar provecho en caso de que el brandeburgués temerario tuviese desgracia (1).

Mejor suerte tuvo el elector Federico Guillermo en la corte imperial de Viena, á la cual envió á fines de mayo de 1672 á la persona mas distinguida de su corte, su cuñado el príncipe Juan Jorge de Anhalt, con la mision de instar al emperador á que considerase la situacion comprometida del imperio y protegiera, en union con el Brandeburgo, su frontera occidental amenazada. Contra toda la costumbre de la

(1) Auerbach expone en su obra, pág. 361, la conducta fea, desleal y egoísta de la corte de Sajonia en esta ocasion.

corte de Viena el príncipe de Anhalt, gracias á la confianza personal que inspiraba en la corte austriaca, logró en cortísimo tiempo el objeto de su mision; porque se reconoció en Viena que la autoridad del emperador había de quedar muy perjudicada en el imperio si se dejaba obrar al brandeburgués solo sin apoyo. La prudencia aconsejaba aliarse con él para tenerle siempre en la mano. Los escrúpulos y temores de complicaciones con Francia, que manifestaron los consejeros imperiales Lobkowitz y Hochoer, fueron acallados por el crédito é importancia que gozaba el príncipe de Anhalt y por la decision personal del emperador Leopoldo, que hasta manifestó cierto sentimiento belicoso enérgico ante la magnitud del peligro nacional. Apoyaron este sentimiento entonces el embajador español y otros personajes, de suerte que el emperador escribió: «Me duele el corazón al ver que en mi reinado adelanten tanto los franceses (2).»

En pocos días y á la vista del embajador francés Gremonville se hizo el tratado entre el emperador y el elector de Brandeburgo, el 12 de junio, siendo ratificado solemnemente en Berlin el 13 (23) de junio de 1672 (3). Este tratado fué simplemente la renovacion de los antiguos convenios defensivos entre Viena y el Brandeburgo, en los cuales se obligaban las dos potencias á mantener la situacion creada desde la paz de Westfalia hasta la de Aquisgran. Segun sus cláusulas, las dos potencias se comprometieron á rechazar con las armas toda turbacion de la paz en el imperio, y á invitar á adherirse al tratado á otros soberanos como los de Dinamarca, Brunswick, Hesse y los sócios de la alianza de Marienburgo. Al propio tiempo el emperador y el elector acordaron poner cada uno sobre las armas en el plazo de dos meses 12,000 hombres. En el tratado no se mencionó el enemigo contra el cual debía dirigirse la fuerza armada, y solo se convino verbalmente en que el elector de Brandeburgo tendria el mando de esta fuerza, como se había determinado tambien en aquel otro tratado en que se concertó la campaña comun contra los suecos en Dinamarca.

Las dos mayores potencias militares de Alemania estaban, pues, aliadas y decididas á entrar en la lucha, sin que ni el emperador se encontrara coartado por su promesa de neutralidad de 1671, ni el elector de Brandeburgo se juzgara ligado por su tratado de alianza con la Francia celebrado en 1669; ni mucho menos creyeran aquellos dos soberanos faltar con su actitud á los tratados mas antiguos, ni tampoco pensaran en tenerlos por caducados y nulos. La violacion de la neutralidad del imperio por parte de la Francia y de sus aliados alemanes había creado una situacion nueva que se procuraba aprovechar para ponerse á la defensiva (4). El embajador francés en Berlin, Vauguyon, que continuó asediando todavia al elector alternativamente con promesas y amenazas, no consiguió absolutamente nada, ni tampoco se efectuó la ruptura oficialmente, y el emperador de Austria hizo comunicar al embajador Gremonville la realizacion del tratado de alianza juntamente con la seguridad dada por Lobkowitz de que el gobierno de Viena no pensaba ni remotamente en una guerra contra la Francia. El mismo ministro dijo que se consideraba al elector de Brandeburgo como un corcel indómito al cual se había de dar por compañero un caballo domado que se dejara dirigir á fin de im-

(2) Wolf: *El príncipe Wenceslao Lobkowitz*, pág. 383.

(3) Morner: *Tratados públicos*, pág. 364.

(4) En la obra de Ennen: *La Francia y el bajo Rin*, tomo I, página 275, se encuentra la noticia, sacada probablemente de documentos franceses, de que el elector de Brandeburgo había recibido justamente en aquel tiempo 16,000 talers en calidad de subsidios franceses; lo cual podia muy bien haber sucedido, conforme al tratado de 1669, pues que no existia todavia ningun acto de ruptura oficial con la Francia.

pedir que tomara un partido aventurado (1). Sin embargo, al mismo tiempo entró el gobierno imperial en negociaciones respecto de una alianza con los holandeses, y el embajador Lisola en el Haya puso en accion toda su habilidad, en union con los representantes de España y de Brandeburgo, y hasta se excedió de sus instrucciones para lograr dicha alianza. Finalmente se llegó á un convenio formal en otoño de aquel año, sin que este convenio influyera en las operaciones del ejército imperial mas allá del efecto de la alianza celebrada entre el Austria y el Brandeburgo (2).

Difícilmente se habrá emprendido jamás un proyecto belicoso con un objeto tan mal definido contra un adversario tan indeterminado como la expedicion alemana del otoño de 1672. Ninguno de los dos soberanos aliados alemanes declaró á la Francia la guerra, pues solo aparentaron que se trataba únicamente del mantenimiento de la paz de Westfalia en el imperio. Esta paz había sido violada por los dos príncipes alemanes de la Iglesia de Colonia y de Munster, que se habían aliado con la Francia, conforme tenían el derecho de hacerlo segun la misma paz; pero al mismo tiempo habían dado lugar á la violacion del ducado de Cléveris y del territorio neutral del imperio. Los aliados mencionados pretendían, pues, luchar contra los prelados violadores del imperio para reducirlos á la fuerza á las prescripciones de la paz de Westfalia, sin que esto tuviera que originar una ruptura internacional con su aliado el rey de Francia; es decir, que el Austria y el Brandeburgo querían hacer la guerra sin faltar á la paz (3). Esta circunstancia explica tambien la pequeñez de la fuerza militar puesta en campaña, pues jamás pudo imaginarse la corte imperial que podria emprender una guerra verdadera y positiva con un ejército de 12,000 hombres á los cuales se agregaban otros 12,000 hombres de Brandeburgo, para atacar á la Francia armada hasta los dientes. La empresa se reducia únicamente á la proteccion del territorio del imperio por medio de una demostracion militar.

El elector de Brandeburgo estaba obligado por medio de su alianza con el emperador á atemperarse hasta cierto grado á este mismo sistema de política; de suerte que esta alianza con el Austria hizo que el elector demorase el cumplimiento de las obligaciones que le correspondían en virtud de la alianza holandesa. Hay que tener presente esta situacion cuando se quiera hacer justicia á las quejas de los holandeses relativas al poco resultado de los servicios prestados por el elector y á los pagos tardios de sus subsidios. El caso era que el elector Federico Guillermo al cubrirse las espaldas aliándose con el emperador, daba un paso hácia atrás en la senda de política libre é independiente que había emprendido al aliarse con los holandeses en 6 de mayo de 1672.

En semejantes circunstancias no podia dar un resultado feliz y brillante la campaña cuyo programa se reducia á falta de resolucion, á vacilaciones y á inactividad, por mucho que procurara Federico Guillermo mejorarlo en la práctica.

Hasta setiembre no se unieron los dos ejércitos en el ducado de Halberstadt, el austriaco mandado por Montecúculi, y juntos emprendieron la marcha hácia el Rin. Desde luego fué evidente que el general imperial solo procuraba efectuar una demostracion militar y no una verdadera cam-

paña contra los franceses (4), y de haber podido seguir únicamente su propósito, habría conducido los dos ejércitos aliados á la orilla izquierda del Mein y tomado allí una posicion espectante; pero el elector se opuso á ello con decision. En su consecuencia y en virtud de una nueva proposicion de Montecúculi, se decidió avanzar en direccion á Coblenza, llegar al Rin, proteger la plaza de Colonia contra un golpe de mano de parte de los franceses, y establecer al mismo tiempo, si fuera posible, una comunicacion con el príncipe de Orange y con el ejército holandés. Avanzó, pues, el ejército en marchas en extremo lentas, á causa de continuas detenciones debidas á los aguaceros otoñales. Turena, que tenia el encargo de cubrir el Rin contra todo ataque enemigo, ganó sin trabajo por la mano á los alemanes y tomó posiciones mas abajo de Colonia, decidido á oponerse á todo propósito de los aliados para pasar el río. El choque era, pues, inevitable. Si el ejército alemán hubiera tenido la seguridad de servirse del puente sobre el Rin cerca de Coblenza, habría podido emprender la lucha contra los franceses con alguna probabilidad de buen éxito, pues que Turena á la sazón no tenia á mano fuerzas suficientes, siendo las suyas numéricamente inferiores á las de los aliados; pero entonces intervinieron los preparativos diplomáticos franceses, porque el elector de Tréveris se negó á permitir el paso por el puente de Coblenza á las tropas imperiales y brandeburguesas. Al propio tiempo ofrecióse el mismo bajo mano (porque en el fondo no eran muchas sus simpatías francesas) á permitir el paso del Rin en otro punto de sus dominios. Igual conducta observó el elector de Maguncia, y hasta se decía que el mismo ministro austriaco Lobkowitz le había encargado desde Viena que no permitiera el paso del Rin cerca de Maguncia porque el mismo emperador no lo queria (5). No hay duda que podia efectuarse el paso del Rin, si no de grado, por fuerza, y el elector de Tréveris se ofreció á facilitarlo, aunque en secreto. A mediados de octubre quedó establecido el cuartel general de los aliados en Bergen cerca de Francfort del Mein. Entonces quiso el elector de Brandeburgo pasar el Rin por cualquier punto entre Maguncia y Coblenza, arriesgar el combate con Turena y abrirse paso para unirse con el príncipe de Orange, que estaba pronto á dar una embestida con el mismo objeto desde Maestricht. En aquellos dias hubo ya algunos encuentros entre patrullas de caballería francesas y brandeburguesas á orillas del Lahn (6).

Montecúculi frustró el plan del elector, por lo cual no puede censurarse juzgando su conducta desde el punto de vista de su estrategia prudente y metódica que temia el paso del Rin y la consiguiente batalla campal contra Turena; pero el principal motivo de su oposicion fueron seguramente sus instrucciones y sus consideraciones políticas, porque dijo con toda franqueza que el emperador estaba empeñado en no hacer frente á los franceses como agresor, habiendo prometido tambien el rey de Francia no atacar al imperio é indemnizar todos los daños que pudiese causar en su territorio. Añadió que se había hecho ya mucho en favor de los holandeses quitándoles de encima una parte de la fuerza enemiga; que el emperador debía atender tambien al peligro que tenia á sus espaldas por parte de los turcos, y que en fin no podia pasarse adelante sin contar con nuevos aliados en el imperio (7).

(4) H. Peter: *La guerra del Gran Elector contra la Francia*, página 61.

(5) Pufendorf, tomo XI, párrafo 67.

(6) Droysen, tomo III, págs. 3 á 274.

(7) H. Peter, pág. 71, donde el autor sigue las actas de sesion del consejo de guerra del 16 de octubre de 1672 y dias siguientes. Tam-

(1) Pufendorf: *Relacion de la corte imperial*, pág. 26.

(2) Grossmann: *El embajador imperial Lisola en el Haya*, pág. 33.

La cuestion de subsidios fué tambien motivo de grandes dificultades, pues la corte de Viena pretendia que los holandeses pagaran con sus subsidios los 12,000 hombres, que acababan de aumentarse hasta 16,000, que el Austria estaba obligada á poner á disposicion del Brandeburgo.

(3) Querian aliar la paz con la guerra, dice Ranke en su *Historia de Prusia*, pág. 305.

Montecúculi logró que solo se pasara el Mein y no el Rhin. El ejército aliado tomó posiciones en la orilla izquierda del primer río, con lo cual evitó toda acción seria y todo auxilio prestado á los holandeses. De esta manera logró por medio de un rodeo lo que se había propuesto desde un principio como plan de campaña, á saber: no verse enredado contra su voluntad y contra sus instrucciones en una lucha armada (1). Montecúculi había cumplido su misión de domar al corcel impetuoso brandeburgués, quedándole la esperanza de que el invierno haría lo demás. Había hecho una demostración diplomático-militar, y si el resultado no le produjo grandes laureles, podía contentarse con haber cumplido su deber. Mas penosa era la situación del elector de Brandeburgo, el cual se veía condenado contra su voluntad á la inacción, y su disgusto fué aun mayor cuando supo que el príncipe Guillermo de Orange había emprendido y realizado felizmente la embestida convenida á orillas del Mosa, y que se hallaba con sus fuerzas, aumentadas con un cuerpo de los Países Bajos españoles, cerca de Maestricht, donde aguardaba á sus aliados alemanes que debían llegar desde el Rhin y el Mosela. El elector recibió esta noticia cuando todavía se hallaba inactivo cerca de Maguncia, mientras Turena estaba cerca de Audernach efectuando su paso á la orilla izquierda del Rhin para unirse con Condé que se hallaba en Lorena. La situación era humillante por demás. Se había perdido la ocasión y no había que pensar ya en pasar el Rhin. Hubo algunas explicaciones violentas entre los dos jefes. Por la parte de los holandeses se propuso conducir el ejército aliado por lo menos á la Alsacia para molestar al enemigo desde allí, pero Montecúculi se negó decididamente á esta operación. Por la parte del gobierno francés se temió en efecto que el brandeburgués efectuara el paso del Rhin cerca de Estrasburgo (2), y para evitar este peligro Condé, que estaba encargado de cubrir la Alsacia, mandó ocupar el puente de Estrasburgo por medio de una sorpresa nocturna é incendiarlo el 14 de noviembre sin curarse de la neutralidad de aquella ciudad. Con esto quitó al elector la posibilidad de pasar el Rhin.

Después de largas deliberaciones Federico Guillermo consiguió de Montecúculi que los ejércitos aliados renunciaran á su inacción á orillas del Rhin y se dirigieran á Westfalia para encontrar al enemigo y ganar desde allí un punto de apoyo para ulteriores operaciones en dirección de Holanda, ocupando si posible fuese la ciudad de Colonia. A mediados de diciembre se emprendió la marcha en dirección de Westfalia; se renunció á tomar cuarteles de invierno y el elector manifestó su intención de continuar sus operaciones durante aquella estación siempre que lo permitiera el tiempo; mas tampoco pudo conseguir por aquel lado los anhelados laureles guerreros. Algunos miles de brandeburgueses á las órdenes de los generales Sparr y Eller se hallaban ya en Westfalia en los condados de Mark y Ravensberg, donde habían tenido varios encuentros con las tropas del elector de Colonia y del obispo de Munster. Contra estos dos aliados eclesiásticos de Francia pensaba operar el soberano brandeburgués, y especialmente contra el obispo de Munster que había invadido el condado de la Marca, territorio brande-

bien observa el mismo autor, página 185, que Montecúculi procedió de manera muy distinta cuando en el año siguiente no se halló ya ligado por idénticas instrucciones.

(1) En París también estaba muy descontento el gobierno de la conducta prudente y poco agresiva de Turena. Rousset, tomo I, página 397.

(2) Legrelle: *Luis XIV y Estrasburgo*, pág. 286, donde se halla la comunicación de Gravel, fechada en Regensburg el 26 de noviembre de 1672.

burgués. Este plan obligó á aquellos dos prelados á retirar sus fuerzas principales de Holanda para emplearlas en la defensa de su propio territorio.

Entonces se repitió el juego del aliado imperial. En la corte de Viena el obispo de Munster no inspiraba mas que antipatía: se descubrió una conspiración de un noble de Munster para entregar la ciudad á las tropas imperiales, haciendo prisionero y quizá dando muerte al obispo con el objeto de librarse de tan molesto prelado y de posesionarse al mismo tiempo de una de las plazas mas fuertes de Westfalia, siendo indudable que la corte imperial, Montecúculi y su sucesor Bournonville estaban en el secreto (3). Al mismo tiempo entró Montecúculi en negociaciones secretas con Cristóbal Bernardo para inducirle á separarse de la Francia, pero esta tentativa fracasó lo mismo que la conspiración, mientras por otra parte no sirvió mas que para retardar las disposiciones estratégicas, dando así á los contrarios un plazo que aprovecharon para reunir fuerzas nuevas. Turena pudo acudir al auxilio de los obispos amenazados, y á mediados de enero de 1673 presentóse en campaña con un ejército escogido. No tardó en demostrarse la superioridad de sus operaciones bien meditadas, rápidas y enérgicas, sobre la irresolución y lentitud que reinaban en el cuartel general de los aliados. Poco después Montecúculi, enfermo y disgustado, dimitió su cargo, encargándose del mando en jefe del ejército imperial el general Bournonville. Al concluir el año 1672 concluyó también el tiempo de la neutralidad del Austria, y las instrucciones que recibió entonces Bournonville daban mas libertad á este jefe respecto de un conflicto con los franceses, pero por lo pronto no cambió casi en nada la situación.

Prescindiremos de referir las marchas, contramarchas y escaramuzas que ocurrieron en las semanas siguientes. Los aliados disponían de fuerzas mas numerosas que el general francés, y el elector Federico Guillermo hizo cuanto pudo para librar una batalla campal á Turena; pero aunque pudo vencer las vacilaciones del general austriaco, no se prestó Turena á su deseo. Este gran general francés consiguió sus brillantes resultados principalmente por medio de sus operaciones bien ejecutadas á orillas del Lippe, oponiéndose siempre al enemigo para impedir su marcha hacia el Rhin y sobre Colonia en posiciones perfectamente escogidas. En 5 de febrero se presentó cerca de Soest, donde, al parecer, debía darse una acción decisiva. El ejército aliado estaba ya formado en batalla y hasta Bournonville se mostraba decidido á aceptar el combate, cuando Turena, á la vista del enemigo, cambió súbitamente de dirección y ocupó con su fuerza, numéricamente inferior, una nueva posición entre el Lippe y la antigua trinchera de defensa. Atacarle en esta posición habría sido por demás imprudente en opinión de los generales aliados, los cuales no tuvieron mas remedio que volver á amenazar por una nueva marcha el flanco de Turena y hacer al mismo tiempo desde Hamm un enérgico avance contra el obispado de Munster (4).

Esta tentativa fracasó y no se realizó la esperanza de que el general Rabenhaupt, el defensor de Groninga, apoyaría el avance de los aliados en dirección de Munster, con un movimiento desde Holanda. Por lo demás la crudeza del invierno paralizó todas las operaciones.

Al fin á mediados de febrero el elector y Bournonville renunciaron, con gran sorpresa de Turena, á continuar la lucha; el condado de la Marca quedó á la merced del enemi-

(3) Véase la exposición de esta conspiración, conforme á los documentos oficiales, en Tuking, pág. 197. La conspiración fué descubierta á tiempo, y su jefe fué decapitado el 8 de abril de 1673 en Munster.

(4) Sobre esta acción cerca de Soest véase la exposición de H. Peter, pág. 124.

go, y las fuerzas imperiales y brandeburguesas se retiraron á sus cuarteles de invierno hacia el río Weser.

Se había perdido la campaña, y la dirección militar alemana no pudo glorificarse casi de nada. El brandeburgués y los holandeses se atribuyeron mutuamente la culpa del mal éxito. Era innegable que el gobierno holandés sentía con razón hasta cierto punto los subsidios que había pagado y que se negaba á seguir pagando. La verdad era que se había hecho menos de lo que por un lado se había esperado y por otro prometido. Los holandeses habían sacado la ventaja de que la presencia de las fuerzas aliadas había obligado al cuerpo de Turena á abandonar la Holanda y de que fuesen llamadas en su mayor parte las fuerzas de Colonia y de Munster; mas ninguno de estos enemigos había quedado vencido ni siquiera notablemente perjudicado. A ninguno de los dos obispos se había obligado á renunciar á su alianza con la Francia, y en lugar de esto continuaron los franceses dueños de las fortalezas del elector en el ducado de Cléveris sin contar que sus condados de la Marca y de Ravensberg quedaban abiertos al enemigo (1). En fin, la derrota era evidente.

Pasaremos por alto los trabajosos sucesos de las semanas y meses que siguieron. El elector de Brandeburgo, para salir de esta situación cada vez mas insoportable, se decidió á entenderse con la Francia. Luis XVI se negó á un armisticio, pero se mostró dispuesto á hacer la paz definitiva ofreciendo en este caso condiciones favorables.

La conducta diplomática de aquella época con sus tratados tan pronto hechos como deshechos, era ciertamente singular y casi pudiera calificarse de infantil (2). El soberano de Brandeburgo, al comunicar al gobierno holandés su intención de separarse de la lucha, reclamó no obstante, en el caso de que la Holanda continuara la guerra, los subsidios estipulados y se mostró muy indignado cuando los holandeses se negaron á pagar mas dinero mientras el brandeburgués no continuara la lucha. El brandeburgués, tratando por otra parte con la Francia respecto de la paz, pidió y recibió de esta misma potencia la promesa de un abundante subsidio en dinero, que necesitaba irremisiblemente para mantener su ejército, al cual pensaba conducir otra vez y tan pronto como le fuese posible contra la misma Francia (3).

Las negociaciones continuaron hasta el verano de 1673, prestando su auxilio mediador el conde palatino Felipe Guillermo por conducto de su embajador en Francia, Stratmann (4). En vano instó el gobierno de Viena con grandes promesas al elector para que continuara en la alianza; el brandeburgués, disgustado y viéndose forzado á atender á sus propios intereses, estaba decidido á aprovechar las ventajas que le ofrecía un convenio de neutralidad con la Francia.

En 10 de abril había convenido el embajador Stratmann en Saint-Germain cerca de París en un tratado preliminar, y en 6 de junio de 1673 se firmó el tratado definitivo en el cuartel general de Luis XIV en Vossen, cerca de Lovaina. En este convenio renunció el elector á prestar mas auxilio á los holandeses contra la Francia, y Luis XIV hizo esta paz en su nombre y en el de sus aliados, la Inglaterra, Colonia y Munster, con gran descontento de los dos últimos potentados que ni siquiera habían sido consultados. Se acordó que que-

(1) Lo característico de aquella situación, que no era ni la paz ni la guerra, fué que Turena no permitió á las tropas de Colonia y de Munster ocupar el condado de la Marca y vivir sobre el país; Depping, página 164.

(2) Mas que de infantil puede calificarse de alevosa y pífida.

(N. del T.)

(3) H. Peter, págs. 141 y 154.

(4) *Documentos y actas*, tomo XIII, pág. 477.

ALEMANIA DESDE LA PAZ DE WESTFALIA

daria restablecida la situación tal como estaba antes de la guerra, debiendo restituirse al elector todas las plazas que se le habían ocupado y particularmente las fortalezas de Cléveris, conservando el rey de Francia únicamente las de Wessel y Rees hasta firmarse la paz con los Países Bajos. En cambio se reservó el elector la libertad de acción en el caso de que él mismo se viera atacado, y también se reservó sus obligaciones respecto del imperio en caso de ataque á los territorios imperiales. En los artículos secretos procuró el rey de Francia estrechar su unión con el elector prometiéndole sus buenos oficios en todas las exigencias de indemnización que podrían hacerle los miembros del imperio, y también prometió que apoyaría en la futura paz con los Países Bajos las reclamaciones de subsidios que presentaba el brandeburgués. El rey de Francia en prueba de su benevolencia especial prometió un subsidio de 800,000 libras, de las cuales se le entregarían 300,000 al ratificarse el tratado, y el resto en plazos en los cinco años inmediatos (5).

Así acabó vergonzosamente la gran empresa arrogante y trascendental del elector de Brandeburgo, el cual si hubiese podido obrar con completa independencia, siguiendo sus propios impulsos, pudiera haber alcanzado acaso al lado de los holandeses en esta guerra triunfos igualmente gloriosos que los que alcanzó dos años después contra los suecos. Al conquistar la alianza falsa del emperador paralizó el elector sus propias fuerzas, y cuando quiso salir de esta situación inaguantable, no pudo hacerlo sino abandonando á sus aliados y con una paz poco honrosa, si bien esta paz, según las costumbres de la época, lo cual hay que tener muy presente, tuvo sus ventajas pecuniarias y de otra especie.

El elector no se había atado las manos enteramente ni para todos los casos en la paz de Wossen. Ya podía preverse que la guerra tomaría pronto proporciones mayores, pues la corte imperial se preparaba seriamente en el mismo sentido y procuró hacerse con nuevos aliados. El imperio y el parlamento tuvieron que renunciar á la ilusión de que Luis XIV se atenia á los términos de la paz de Westfalia; era seguro que temprano ó tarde se verían obligados á declarar la guerra, y cabalmente para este caso se había reservado el brandeburgués sus derechos y obligaciones. La política francesa se esforzó en vano con promesas de toda clase por sacar al elector de su neutralidad y hacerle entrar en una alianza activa y mas estrecha con la Francia. El elector se mostró contrario á toda relación mas íntima, y tan apesadado é inseguro se encontró el embajador francés en Berlin, Verjus, que escribió desde aquella capital en otoño de 1673: «Me hallo aquí en una corte terrible, donde no veo mas que incertidumbre en los sentimientos del soberano, y división en sus ministros; en el fondo el terreno no es aquí favorable para nosotros y será difícil cambiarlo.» En otro pasaje dice: «Si el brandeburgués quisiese ponerse á favor del rey tan solo durante seis meses, esto cambiaría el aspecto de los asuntos alemanes inmediatamente.»

La política brandeburguesa no había dicho todavía su última palabra, y también se preparaban nuevos sucesos en el imperio.

CAPITULO IV

LA GUERRA DEL IMPERIO CONTRA LA FRANCIA

Poquísima influencia tuvo en los acontecimientos políticos de la época la opinión pública: casi únicamente en In-

(5) Morner: *Tratados*, pág. 373; *Documentos y actas*, tomo XIII, página 520, y XIV, página 1501.